

# Una periferia de nieves y soles invertidos: notas sobre Santiago, fiesta y paisaje <sup>1</sup>

Isabel Cruz de Amenabar

El redescubrimiento de la fiesta por parte de la historiografía artística durante los últimos treinta años ha sacado a luz esa apariencia mágica y onírica oculta en el transcurso de lo habitual, que la racionalidad ilustrada había cubierto con las negras tintas del oprobio y el rechazo: anatema de la “civilización” contra la “barbarie”.<sup>2</sup>

Hoy los destellos vitales de la fiesta tempranamente percibidos por Jacob Burckhardt y Johan Huizinga<sup>3</sup> están sensibilizando a los historiadores del arte hacia las señales que nos llegan desde la profundidad del tiempo y, simultáneamente, del rico acervo de la tradición popular, para abrirles un lugar no sólo en la “petite histoire”, sino en esa temporalidad acaecida que no admite tamaños ni fáciles adjetivaciones porque es a la vez, simple y complejamente, historia.

Pero si bien el ámbito festivo, considerando como tal el cruce del tiempo y el espacio de la celebración, se estudian con creciente interés y acuciosidad, hay un aspecto que no ha sido tomado en cuenta. Nos referimos a lo que podríamos llamar el “paisaje festivo”, que desborda al lugar y al tiempo festivo propiamente tal e incorpora a la celebración no sólo la ciudad, sino también la naturaleza circundante en su panorama estacional de diversidad cromática y formal. Ésta no es sólo una omisión de la historiografía artística, sino corresponde también a las orientaciones genera-

---

<sup>1</sup> Este artículo forma parte del Proyecto CONICYT (Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica, Chile) n° 1980589 “La Creación del Paisaje Chileno”, desarrollado bajo la dirección de la arquitecta Cristina Felsenhardt Rosen de la Facultad de Arquitectura de la Pontificia Universidad Católica de Chile y con la coinvestigación de la geógrafa de la misma Casa de Estudios, Valeria Maino Prado.

<sup>2</sup> Esta antítesis se aplica a la fiesta con la racionalidad ilustrada. Véase nuestro libro *La Fiesta: metamorfosis de lo cotidiano*, Ediciones Universidad Católica, Santiago, 1995, pp. 32 y ss.

<sup>3</sup> Jacob BURCKHARDT: *La Cultura del Renacimiento en Italia*, Iberia, Barcelona, 1979, p. 299; Johan HUIZINGA: *El Otoño de la Edad Media*, Alianza, Madrid, 1982, p. 364. Citados en nuestro libro *La Fiesta...*, p. 18.

les de la labor historiográfica, tan distante hoy de la geografía y tan poco atenta al escenario de la historia, en particular a lo que, pidiendo prestado el término a la arquitectura, podría denominarse “el genio del lugar”.<sup>4</sup>

El valor estético de la naturaleza no sólo contribuye a la configuración de la arquitectura, se fija en la retina del pintor de paisajes y se transmuta en obra pictórica, sino penetra todas aquellas manifestaciones de la artísticidad genérica en el hombre que se realizan al aire libre, entre ellas la fiesta pública de herencia barroca.

Estas breves notas intentan atraer la mirada sobre la polivalente significación del “clima festivo” en la remota ciudad de Santiago de Chile durante el período hispano, centrándonos en cuatro celebraciones: Navidad, Semana Santa, día de Santiago y festividad de San Francisco de Asís.

#### ACERCA DE CLIMA Y RITUAL

La más austral de las capitales de la vertiente pacífica de América Hispana, se recuesta en un fértil valle<sup>5</sup> nativamente cubierto de espinos boldos y quillayes, regado por un pedregoso torrente, el Mapocho, al pie de los Andes, majestuosos en su blancura en invierno, fundidos con las nubes y las nieblas; pizarrosos, dorados o violetas bajo el sol ardiente del verano.

Este escenario de sobrecogedora fuerza telúrica<sup>6</sup> enmarcó la ciudad colonial acunando sus modestas construcciones de barro y paja, de adobe y teja, sus calles trazadas a cordel formando damero y el pináculo ingenuo de las torres de sus iglesias alzados hacia las cumbres y hacia el cielo.

El tránsito de los días y las horas corría lento entonces, en sus casas de patios olorosos y vetustos portalones, en sus ascéticos conventos de arcos blancos, en su plaza desnuda con la fuente de agua clara, al ritmo del sol y de las fiestas que marcaban el año de sacralidad y de jolgorio, de acatamiento y espontaneidad e imprimían en cada estación, sobre los colores cambiantes de la naturaleza, el matiz de alegría o dolor del ciclo cristiano y de la suerte de la monarquía.

Desde su austral periferia de nieves y soles, Santiago entraba en un “tiempo festivo” que no era sólo un interludio de sacralidad en el transcurso de lo habitual, sino un clima emotivo y una atmósfera meteorológica que imprimían a las celebraciones un acento particular.

¿Cuántos días en el año desgranaron las campanas en el aire antaño transparente su tañido llamando a fiestas en la capital del Reino de Chile?

No es posible saberlo hoy a ciencia cierta pues el sistema festivo religioso y civil nunca rimó exactamente con el de la Metrópoli y ni con el del resto de las ciudades americanas. Siempre había imprevistos que dificultaban su realización —las calamidades que la azotaban tan frecuentemente sobre todo en el siglo XVII— y otros factores previstos como la ineludible pobreza que hacía a las autoridades postergar las celebraciones hasta lo impostergable.

A fines del siglo XVII, el número total de fiestas religiosas en el Reino de Chile sumaba 94 más los 52 domingos, lo que daba un total de 146 días<sup>7</sup> pero no todos ellos eran feriados, ni de precepto.

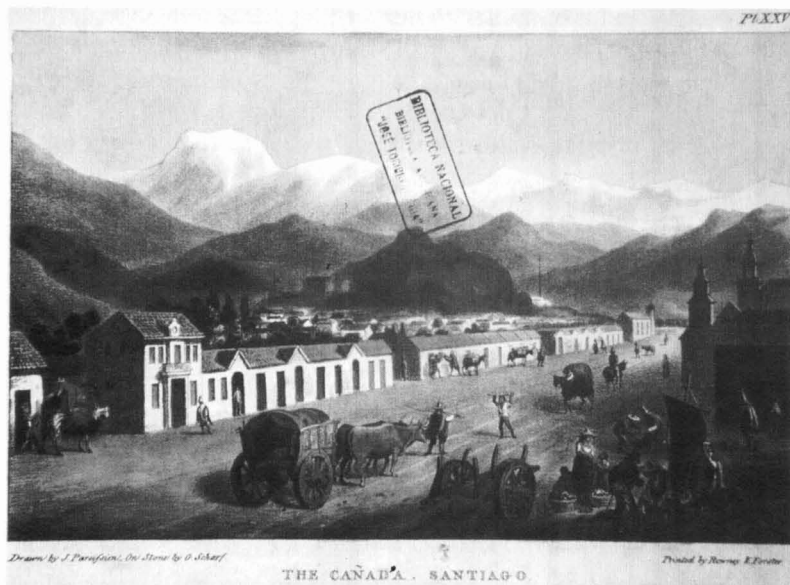
<sup>4</sup> Véase Cristian NORBERG-SCHULZ en *Genius Loci. Paesagio, Ambiente, Architettura*, Electa, Milano, 1996, pp. 5-6, lo considera un “espacio existencial”. Por su parte Aldo ROSSI en *La Arquitectura de la ciudad*, Gustavo Gili, Barcelona, 1979, concibe “El locus”, pp. 157 y ss. como “aquella relación singular y sin embargo universal que existe entre cierta situación local y las construcciones que están en aquel lugar”.

<sup>5</sup> Sobre la situación de la ciudad y su fundación véase Armando de RAMÓN: *Santiago de Chile*, Mapfre, Madrid, 1992, pp. 11 y ss.

<sup>6</sup> Los cronistas de Chile colonial describen con admiración el entorno natural de la ciudad de Santiago, alcanzando en ocasiones vuelo poético en su prosa, como ocurre con el jesuita Alonso de OVALLE en su *Histórica Relación del Reino de Chile* (Roma, 1646), Instituto de Literatura Chilena, Santiago, 1969, pp. 15 y ss., 172 y ss.

<sup>7</sup> “Carta del Gobernador de Chile Don Tomás Marín de Poveda a S.M. fechada en Santiago de Chile a 2 de Junio de 1696”, en José Toribio MEDINA: *Manuscritos-Documentos Inéditos para la Historia de Chile*, t. 169, Documento n° 3528 fjs 258-267.

Foto 1. La más austral de las capitales de la vertiente pacífica de América Hispana, se recuesta en un fértil valle al pie de los Andes majestuosos. La Cañada. Santiago. Dibujo de Peter Schmidtmeyer litografiado por Scharf. En el libro *Travels into Chile over the Andes in the year 1820 and 1821*, London, 1824. Sala Medina. Biblioteca Nacional. Santiago de Chile.



En 1760 el número de días festivos había aumentado a 101, incluyendo los días de vigilia: había 47 feriados, aparte de los 52 domingos; 17 días de guarda; 27 días con obligación de oír misa y 10 días de vigilia más los 52 domingos.<sup>8</sup> A ello habría que agregar las celebraciones cívicas y religiosas ocasionales, derivadas del acontecer histórico.<sup>9</sup> Puede decirse entonces que casi una tercera parte del año, Santiago mudaba su faz habitual.

Entonces, bullente de colores y sabores de sonidos y contactos de perfumes y de hedores, la fiesta se desplegaba pública y popular, jerárquica y cohesionada; ordenada y expansiva, reflejando el “encantamiento del mundo”<sup>10</sup> de aquella sociedad capaz de hacer del esclavo señor, de la pobreza don y de la tierra cielo.

Y año tras año se sucedía el rosario de celebraciones devotas y cívicas siguiendo el ritmo de una repetición ritual renovada por la creencia en el milagro, la fidelidad y el afán de regocijo colectivo, que triunfaban finalmente sobre las congojas de una vida en presencia constante de la muerte,<sup>11</sup> y animaban la rutina, abriendo surcos de luz en la grisalla del tiempo y del espacio habituales.

## EL AÑO LITÚRGICO

El año litúrgico era un sistema simbólico provisto de sentido que en esta estrecha faja de tierra, ligaba la vida a la dimensión trascendente, sobrenatural.

A través del ciclo anual, la fiesta religiosa desplegaba al sur del mundo el simbolismo de la liturgia católica, el imaginario colectivo, el fervor popular y la nueva hagiografía hispanoamericana,

<sup>8</sup> “Tabla de la Ceremonia y Etiqueta que observará el Ilustre Cabildo de todas sus fiestas”. Año 1760. Archivo Nacional de Chile, Archivo Varios, vol. 217 fjs 30 y ss.

<sup>9</sup> Sobre estas que no tratamos en este artículo véase nuestro libro *La Fiesta...*, Cap. III “Efemérides Cívicas: de los fastos reales a las primeras celebraciones republicanas”, pp. 241 y ss.

<sup>10</sup> Para parafrasear invertidamente a Max WEBER. Véase: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Península, Barcelona, 1987, p. 57.

<sup>11</sup> Acerca de esta presencia constante de la muerte véase nuestro libro *La muerte: transfiguración de la vida*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 1998.

que levantaba en los humildes altares y en las andas procesionales la devoción mestiza, florecida en culto a los santos patronos y en intensa devoción a María.

Como se respiraba el aire, el alma a través del año iba rompiendo las cadenas neoplatónicas que la ataban a la cárcel del cuerpo, cadenas que el imaginario popular había hecho herméticas y pesadas, para respirar, siguiendo una barroca metáfora, *en efectos píos en cada uno de los meses y las fiestas del año*.<sup>12</sup>

Los días, semanas y meses quedaban así marcados por las fiestas de Cristo, María y los santos, y las estaciones del año por los grandes ciclos litúrgicos que culminaban en festividades: Adviento, Navidad, Epifanía, Cuaresma, Pascua, Pentecostés. Estos ciclos se singularizaban no sólo por el tono de los ritos dentro de las iglesias, sino por la complementación o el contraste visual entre clima y rituales y por la atmósfera peculiar que creaban en la vida ciudadana. Alegre y luminosa para Pascua y Navidad, orquestada por la calidez del verano; triste y lóbrega para la de Cuaresma que se acordaba con los tonos otoñales. Los colores de los ornamentos sacerdotales y de los paños litúrgicos que revestían un significado simbólico transmitían asimismo a los fieles el mensaje trascendente y estético del ceremonial sacro: morado para el Adviento y la Cuaresma como expresión de la ascesis que debe preparar la venida del Niño y la Pasión, respectivamente; verde esperanza en Navidad y Epifanía; blanco resplandeciente para Pascua de Resurrección y rojo fuego para Pentecostés.<sup>13</sup>

Como en todo el orbe cristiano, en Santiago, las fiestas religiosas se inscribían en el ciclo anual en que había ritmos estacionales bien marcados.

Pero en este Reino el sentido estacional de la fiesta se invertía por el cambio de hemisferio, lo que llevó en ciertas ocasiones, sobre todo en las fiestas que caían en pleno invierno, a la incoherencia entre clima y ritual, que redundó en adaptaciones y en transformaciones o en una desarticulación del ceremonial festivo.<sup>14</sup>

Así a pesar de las bondades de un clima templado, tan alabadas por los cronistas, el tiempo meteorológico se demostraba no sólo capaz de contribuir a configurar la bullente o dramática atmósfera festiva enmarcada por el paisaje natural, sino también de desfigurarla, y literalmente de “aguarla”, como muestran algunas descripciones de fiestas, la de Santiago particularmente.

## CÁLIDA Y NOCTURNA NAVIDAD

La Navidad invernal originaria, se transformó aquí en una estival celebración.

Tanto en la mansión solariega de grandes techos de teja y patios perfumados de alhelí, de azahar y de jazmín, como tras los muros claustrales y el humilde rancho de barro y paja, el Nacimiento de Jesús en Belén fue revivido con entusiasmo y alegría, con cánticos y flores, con ofrendas de elaborados manjares y dulces, o con productos campestres.

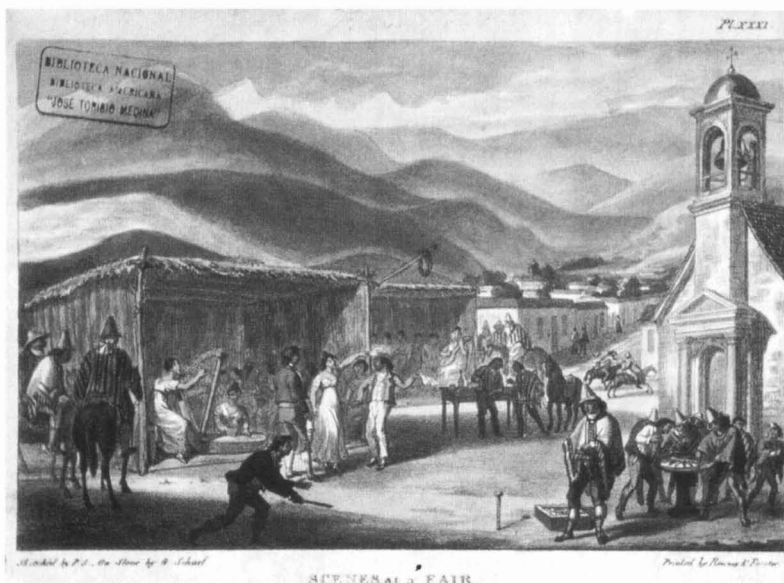
La calidez del clima permitía acentuar el carácter nocturno de esta fiesta que encantaba al pueblo, a indios, mestizos, negros mulatos y zambos. A esa hora éstos se veían libres ya de sus trabajos y obligaciones habituales y podían transitar por las calles y contemplar con embeleso los portones abiertos de las casas que dejaban ver en el primer patio la recreación del pesebre de Belén con las figuras iluminadas del Nacimiento traídas desde Quito —Jesús, María y José, el asno y el buey, los

<sup>12</sup> Véase al respecto el libro del jesuita chileno Ignacio GARCÍA titulado *Respiración de el alma en efectos píos que han de ejercitarse en cada uno de los meses y fiestas del año...*, Lima en 1775. Sala Medina, Biblioteca Nacional, Santiago de Chile.

<sup>13</sup> Para la tónica y el significado de estos ciclos litúrgicos Gabriel GUARDA OSB: *Los laicos y en la cristianización de América*, Ediciones Universidad Católica, Santiago, 1987, p. 85.

<sup>14</sup> Véase nuestro libro *La Fiesta...*, p. 123.

Foto 2. El “paisaje festivo” incorporaba a la celebración no sólo la ciudad, sino también la naturaleza circundante. Escenas en la feria en un día de fiesta. Dibujo de Peter Schmidtmeier litografiado por Scharf. En el libro *Travels into Chile over the Andes in the year 1820 and 1821*, London, 1824. Sala Medina. Biblioteca Nacional. Santiago de Chile.



rústicos pastores y los reyes magos exóticos guiados por la rutilante estrella, más un sinnúmero de personajes costumbristas americanos abigarradamente dispuestos con regalos y ofrendas— sus rostros ingenuos sonrosados y brillantes y la exótica policromía de sus vestiduras al “barniz chino”. Bajo las frías estrellas australes que giraban lentamente en el cristal nocturno orientadas por la aguja de la Cruz del Sur, el Niño sobre la paja dorada de diciembre, recién cortada, hacía girar también el año y los corazones. Y a la luz intermitente de antorchas y caseros velones emergía de la nocturna penumbra la multitud morena, expectante y sudorosa, el “gentío”, tan temido por la autoridad religiosa y civil, recelosa siempre de las aglomeraciones por el potencial peligro de “desorden” y “abusos deshonestos”,<sup>15</sup> mientras resonaban en el aire el arrastrado sonsonete de las novenas y plegarias o las notas vibrantes de los villancicos entonados al son del arpa y la vihuela: “Señora Doña María/ yo vengo de allá muy lejos/ y a su Niñito le traigo/ un parcito de conejos./ Zapallos le traigo/ papas araucanas/ harina tostada/ para la semana/ recados le mandan/ mi taita y mi mama/ la ena Josefa/ y la tía Juana.// En el portal de Belén/ hay estrellas sol y luna/ la Virgen y San José/ y el Niño Dios en la cuna./ Zapallos le traigo...”.<sup>16</sup> Y ya al rayar la medianoche cuando la Cruz del Sur se tendía sobre el arco nocturno y empezaba a descender hacia el horizonte, el pueblo buscaba refugio en las iglesias donde tenía lugar una celebración de carácter francamente plebeyo, que un viajero inglés que visitó Santiago a comienzos del siglo XIX, Carlos Eduardo Bladh, imbuido ya del espí-

<sup>15</sup> Los temores de la autoridad religiosa se hacen especialmente patentes en las disposiciones de los Sinodos realizados en Santiago durante el período, de los cuales se conservan los textos de dos: el que presidió el Obispo fray Bernardo Carrasco en 1688 y el presidido por Manuel Alday en 1763, publicados conjuntamente. Véase: *Synodo Diocesana con la Carta Pastoral... Celebróla el Ilustrísimo y Reverendísimo don Fray Bernardo Carrasco... Y Synodo Diocesana que celebró el Ilustrísimo Señor Doctor Don Manuel de Alday y Aspée... con Licencia en Lima en la Oficina de la Calle Encarnación año de 1764*, Sala Medina, Biblioteca Nacional de Chile.

<sup>16</sup> Villancico tradicional chileno que la autora oyó cantar en su infancia y juventud en las Navidades campesinas de los alrededores de Santiago.



Foto 3. El centro de la fiesta de Navidad era el Belén con las tallas quiteñas de brillante policromía al “barniz chinesco” y su cortejo de ángeles y personajes costumbristas. Nacimiento. Anónimo quiteño, segunda mitad del siglo XVIII. Madera tallada, pólicromada y dorada. Museo del Carmen de Maip. Santiago de Chile.

ritu ilustrado, califica de “grotesca”. Iluminadas desde temprano las iglesias acogían a esa hora –según el súbdito de su Británica Majestad– a una multitud heterogénea, compuesta especialmente por niños y personas de edad que llevaban gallinas y cerdos, golpeados hasta hacerlos cloquear y chillar. Otras personas tocaban pitos, cuernos y metían bulla con matracas. Este “terrible ruido” en recuerdo del establo donde nació el Salvador, continuaba según el testigo hasta después de la medianoche. Entonces un niño vivo era presentado y el sacerdote oficiaba la misa proclamando el nacimiento de Cristo. Concluía ésta con un hermoso coro, mientras la gente se dispersaba por la ciudad y “el ruido de los fatales cuernos, pitos y matracas” continuaba durante toda la noche en los diferentes barrios rompiendo el silencio habitual.<sup>17</sup>

#### OTOÑAL SEMANA SANTA

El soplo del otoño en las latitudes templadas del hemisferio sur encierra un simbolismo profundo. No es sólo el declinar de la naturaleza replegada sobre sí para morir y renacer lo que agrisa la atmósfera y tiñe de oro y de ceniza pastizales y viñedos.

En Santiago el otoño arde y muere como una estación pasional. Desde sus primeros tiempos cristianos el declinar climático ha estado íntimamente ligado a esa fase final de la vida de Cristo en la tierra que es la Pasión. Nunca depara el calendario, a lo largo del año, en este hemisferio un paralelismo tan claro entre el sentido de una celebración y el ciclo de la naturaleza. La secreta armonía entre el ámbito y la fe, anclada en un tiempo sagrado, henchido de cualidades y de emoción llevaba a los fieles a asumir ese misterio otoñal que era la muerte de Cristo en la cruz.

Los días de la Cuaresma, con el viento que afilaba ya, los Andes grises o violetas, sin nieve aún y el cortejo de las hojas, eran el dramático marco paisajístico del patetismo ceremonial. Según

<sup>17</sup> Carlos Eduardo BLADH: *La República de Chile 1821-1828*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1951, pp. 54-55.

los viajeros, entre ellos Carlos Eduardo Bladh, citado, era éste en la ciudad un tiempo muerto para el mundo. El primer Miércoles el pueblo entero sin distinción de clases sociales acudía a los templos y salía con cruces de ceniza en la frente para prepararse para el ayuno. Había procesiones penitenciales casi a diario y la “casa de penitencia” se llenaba de disciplinantes; mientras, habían sido suspendidos los espectáculos, música y bailes, que de costumbre alegraban la vida urbana.<sup>18</sup> Especial devoción mostraban las mujeres en estos oficios cuaresmales según relata otro viajero, Alejandro Caldcleugh, quienes acudían a los servicios religiosos antes de despuntar el día, cubiertas con el negro manto tradicional, y de vuelta a la casa, tomaban la humeante y tradicional infusión del “mate”.<sup>19</sup> Su participación en las procesiones de penitencia aparece confirmada por las disposiciones de los Sínodos celebrados en Santiago que, como medida moral, les prohibieron salir como disciplinantes con trajes de penitentes, cruces sobre los hombros o aspas, considerando que en ellas “es grave indecencia su desnudez, aunque les cubra la túnica blanca con que visten”.<sup>20</sup> Durante toda la Semana Santa el clima pasional era realzado por estas terribles flagelaciones y penitencias que los devotos ejecutaban públicamente y que perduraron hasta comienzos del siglo XIX, sorprendiendo a los viajeros. El Miércoles Santo muchos penitentes recorrían las calles, llevando velos negros y azotándose duramente las espaldas desnudas o llevando a cuestas una gran cruz de madera, atada a sus muñecas, bajo cuyo peso caían y se desmayaban a cada paso.<sup>21</sup> Otros, encapuchados, seguían a las procesiones nocturnas vistiendo largas túnicas blancas con gran cola y altos bonetes echados hacia adelante hasta taparles completamente el rostro, lo que los hacía irreconocibles. Iban también disciplinándose con la espalda desnuda y la sangre les corría por sus vestiduras tiñéndolas de rojo.<sup>22</sup>

Y cada atardecer de fuego y sangre de ese Viernes marcado con letras indelebles en el transcurso silencioso de los años, la voz implorante de Cristo tronaba sobre la ciudad y los campos ale-



Foto 4. Un misterio otoñal era la muerte de Cristo en la cruz. La emocionalidad de la imaginería mestiza se acentuaba con la profusión de implementos de plata. Crucificado. Anónimo, Alto Perú, segunda mitad del siglo XVIII. Madera tallada y policromada. Potencias, aureola y faldelín de plata. Colección particular. Santiago de Chile.

<sup>18</sup> BLADH: *op. cit.*, p. 55.

<sup>19</sup> Alejandro CALDCLEUGH: *Viaje a Chile en 1819-1820 y 1821*, en Samuel HAIGH, Alejandro CALDCLEUGH y Max RADIGUET: *Viajeros en Chile 1817-1847*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1955, p. 160.

<sup>20</sup> Sínodo del Obispo Manuel ALDAY, cit. Tit. XIV, Const. IV.

<sup>21</sup> Testimonio de Richard Longeville Vowel en: José Toribio MEDINA: *Viajeros relativos a Chile*, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago, 1962, t. II, pp. 179-180.

<sup>22</sup> Amadeo FRÉZIER: *Relación del viaje por el Mar del Sur a las costas de Chile y Perú durante los años 1712, 1713 y 1714*, traducido de la primera edición francesa de 1716, Imprenta Mejía, Santiago, 1902, pp. 112-113.





Foto 5. En la fiesta de Santiago convergían, por una parte, la celebración patronal del santo peregrino y matamoros y por otra, el homenaje a la soberanía del monarca. José Ambrosi, Apóstol Santiago, 1766. Serie del Apostolado. Óleo sobre tela. Museo de la Catedral. Santiago de Chile.

se enlazaban el amor y la muerte en su visual bivalencia sobre el madero de la cruz. Expiraba la Cuaresma entre besos y estaciones, enrojecía el resplandor en los altos ventanales, se apagaba la lámpara. En el crepúsculo, el otoño padecía entre las hojas.

#### LA FIESTA “AGUADA”: EL DÍA DE SANTIAGO

Bajo la advocación del apóstol peregrino y matamoros había nacido esta capital, la primera ciudad fundada en este suelo largo y angosto “como una vaina que cuelga del ciento de América”: Santiago del Nuevo Extremo o de la Nueva Extremadura. Había sido tal vez premonitorio. No sospecharon en un comienzo Valdivia ni sus hombres que esta tierra, parca en oro, era rica en bravura y en astucia y que en los bosques de este confín del mundo un pueblo primigenio y guerrero haría

<sup>23</sup> Sobre esta materia véase nuestro libro *La muerte...*, especialmente el apartado “El amor y la muerte: la institución el sacrificio y la imagen de Cristo crucificado”, pp. 59 y ss.



a los españoles revivir la dura lucha de la Reconquista hispana bajo el lema “¡Santiago y cierra España!”.

Desde aquellos días aurorales del Reino estremecidos por la angustia de lo ignoto, tensados por la vigilia, el hambre y el esfuerzo, el santo tonante se cuadró con los tercios españoles y se apareció luminoso en medio de las batallas para atemorizar y exterminar al indígena, nuevo infiel.

Por eso, fue cronológicamente su fiesta la primera celebración realizada en la capital del Reino, según testimonian los preparativos que constan en las Actas del Cabildo de esta Ciudad del día 23 de julio de 1556, con los redundantes y arcaicos giros del lenguaje de la época.<sup>24</sup>

La fascinación por el ceremonial, el boato y la etiqueta que durante la Edad Media habían caracterizado a la corte borgoñona encontraban un eco lejano –pero no por debilitado y modesto menos digno y orgulloso– en este lejano rincón de América.

Durante los años finales del siglo XVI y primera mitad del XVII la festividad fue afianzándose hasta llegar a constituirse junto a la fiesta de Corpus Christi, en la más importante celebración cívico-religiosa del Reino, en cuyo doble carácter convergían, por una parte, la fiesta patronal del santo peregrino y matamoros y por otra, el homenaje a la soberanía del monarca simbolizado por el Paseo del Estandarte, enseña que llevaba grabadas las insignias de la Corona. Dicho ritual, a más de cabalgatas, corridas de toros, juegos de cañas y cintas con que culminaba el día del Santo Apóstol, le imprimieron un sello medieval que perduró hasta mediados del siglo XVIII. No obstante, la nota vernácula consistía en la cabalgata con los briosos y ricamente enjaezados caballos que cada vecino integrante sacaba a relucir ese día, cuidados y alimentados desde mucho antes para acompañar al alférez que portaba el Real Estandarte. En forma espléndida se engalanaban los corceles –según relata el cronista jesuita Felipe Gómez de Vidaurre durante la segunda mitad del siglo XVIII– pues “es aquí donde los criollos explican su magnificencia”.<sup>25</sup> Los caballos eran “de brazos” (los que hoy se llaman “de paso” que alcanzan una gran velocidad en su marcha, sin galopar, gracias al movimiento de las patas delanteras hacia fuera, siendo especialmente adiestrados para ello). Al precio del caballo se agregaba, según el cronista, el de sus espléndidos arreos, la silla toda cubierta de terciopelo bordado de oro y plata, pistoleras y tapanca “del mismo modo”. Estriberas de plata, cabezadas casi cubiertas de ella, “gala nueva, librea de dos lacayos nueva y sobre todo el gobierno de los caballos que en cada uno se presenta un excelente maestro”.

Pero el vistoso ceremonial al aire libre de la fiesta de Santiago hubo de llevarse a cabo, en ciertas oportunidades, en medio de torrenciales aguaceros. La inversión climática del hemisferio Sur, no fue problema menor. La fiesta del Apóstol, correspondiente en España al pleno verano, lo cual permitía el cortejo al aire libre, caía en la capital de Chile en lo más crudo del invierno, lo que dificultaba enormemente la celebración del ritual originario. Los rigurosos fríos y las lluvias de julio obligaron muchas veces a posponerla para septiembre o en su defecto para octubre o noviembre, en espera de mejor tiempo.

En el siglo XVIII cuando la etiqueta y el refinamiento de la sociedad hispano-chilena habían alcanzado un punto que los distanciaba ya de aquella “sencillez patriarcal” de los primeros tiempos coloniales, las damas y los caballeros de la ciudad, no deseando ya que sus elegantes atuendos, sus pelucas, polvos y cintas quedasen a merced de los aguaceros de julio, y el lodo “salpicase los ricos vestidos”, decidieron acudir en calesa al Paseo del Estandarte, lo que provocó una puntillosa pugna entre los vecinos de la ciudad por una parte, apoyados por el Cabildo, y el Obispo del Santiago –a quien se sumó el alférez real por otra parte–, quienes respaldando las órdenes del Monarca decidieron no innovar, continuando la costumbre del paseo ecuestre y a pie.

<sup>24</sup> Sobre esta fiesta véase nuestro artículo “Santiago: una fiesta patronal al Sur del mundo” en el libro *Santiago y América*, Mosteiro de San Martiño Pinario, Xunta de Galicia, Consellería de Cultura e Xuventude, Santiago de Compostela, 1993, pp. 253-262.

<sup>25</sup> Felipe GÓMEZ DE VIDAURRE: *Historia Geográfica, Natural y Civil del Reino de Chile*, Colección de Historiadores de Chile y de Documentos relativos a la Historia Nacional, t. XV, Imprenta Ercilla, Santiago, 1889, p. 305.



Foto 6. *La fiesta franciscana se daba con despliegue de lujo.* Juan Zapaca Inga, atribuido, San Francisco Niño da pan a los pobres, detalle, c. 1668. Serie de la Vida de San Francisco. Óleo sobre tela. Museo Colonial de San Francisco. Santiago de Chile.

Decisivos fueron los motivos climáticos en la desarticulación de esta fiesta durante la segunda mitad del siglo, que fueron paulatinamente desincentivando a los vecinos de asistir a ella. Ni las multas establecidas por los gobernadores de fines del período colonial pudieron contra los reclamos que alegaban el perjuicio ya no sólo para los vestidos, sino de la misma salud de los santiaguinos —una preocupación tan característicamente ilustrada— hasta que por fin vinieron a abolirla las guerras emancipadoras y la sucesiva declaración de Independencia.

También puede atribuirse al motivo climático el fracaso de los intentos por restaurarla a mediados del siglo XIX. El clima fue así capaz de “aguar” y de borrar la fiesta de Santiago de esta austral ciudad.

#### SAN FRANCISCO PRIMAVERAL

La celebración de San Francisco de Asís el día 4 de octubre era en cambio una primaveral fiesta. Mientras, en las regiones agrícolas de la zona central y centro-sur se celebraba al santo con gran jolgorio popular, con ramadas y diversiones asociadas a ritos de fertilidad que tenían en este punto simétrico del año un equivalente a las celebraciones de la Cruz de Mayo, en Santiago los rituales se realizaban en la Iglesia y claustro franciscano de la Alameda, a los que asistían las autoridades edilicias invitadas por el padre Guardián de San Francisco “a la hora regular de por la mañana”<sup>26</sup> (que eran las nueve), con las misas y cortesías de rigor y un agasajo en el primer claustro del Convento engalanado por la estación con la más rica variedad de colores y perfumes.

Como consecuencia de la inversión estacional, había surgido en las regiones rurales del Reino una variante regional que representó el cambio de estación de un rito de fertilidad celebrado originalmente en el hemisferio norte en mayo, mes primaveral allá y otoñal Chile. Era una inversión ritual simétrica, porque mayo y octubre están a similar distancia de los respectivos equinoccios de verano que tienen lugar el 21 de junio en el hemisferio norte y el 21 de diciembre en el hemisferio sur.

<sup>26</sup> “Tabla de la Ceremonia y Etiqueta del Cabildo”, cit., f. 25 vta.

Y en la capital del Reino, traspasando el portón de noble madera, tachonado de grandes clavos de cobre cincelado, que cierra al mundo el claustro franciscano, la suave penumbra envolvía a las autoridades, a los frailes y devotos en los corredores de muros blancos y piso de humilde greda, donde resonaba el eco de las plegarias y se evocaba el fulgor de las procesiones bajo el ritmo sereno de los arcos. Al centro, un regalo franciscano de luz y de verdor, el huerto de añosos árboles frutales y palmas que erguían hacia el cielo sus abanicadas copas. Al son del agua clara que goteaba en la pila de piedra, el arrullo de las palomas y gorjeos los gorriones, que revoloteando sobre las migajas esparcidas por los padres para seguir el ejemplo de su fundador, la gente conversaba animadamente mientras corrían los barquillos, las alojas y mistelas en honor del santo. Y frente a ellos se descubría en su ingenuo esplendor, para asombrarlos y conmoverlos, la serie de los 54 lienzos sobre la vida del poverello pintada en Cuzco entre 1668-1684 por los artistas indios Basilio de Santa Cruz Pumacallo y Juan Zapaca Inga, a la que se habían sacado sus tapas de madera para que el diálogo entre el cielo y la tierra entablado a través de los pinceles se continuase en la fiesta.

Y en el mediodía primaveral, el temblor de las hojas recién brotadas espejeaba en el agua de la pila, como un cuadro dentro del cuadro de la cordillera nevada contra el cielo azul.

El clima festivo no era pues en Santiago colonial sólo el jolgorio de los ánimos, la tendencia al bullicio y a la extroversión, sino la orquestación entre el ánimo y el paisaje, entre la psicología colectiva y la naturaleza.

En una época en que aún prevalecía una interpretación teleológica de lo natural,<sup>27</sup> como lo muestran nuestros cronistas; en que las nociones de tiempo amalgamaban lo lineal y escatológico cristiano con el tiempo cíclico en “eterno retorno” propio de la concepción arcaica, el gran regalo del paisaje chileno y el don festivo rimaban periódicamente en un hermoso paralelismo transmutado en las almas de aquellos hombres en una experiencia extática, que conmovía sus fibras más secretas y los conducía a la vez hacia el centro de sí mismos en el olvido de sí.

---

<sup>27</sup> Véase Clarence GLACKEN: *Huellas en la playa de Rodas. Naturaleza y Cultura en el pensamiento occidental desde la antigüedad hasta finales del siglo XVIII*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1996, pp. 467 y ss.